

ESCENA IX

TECLA sola

¡Mil gracias por el aviso, que trueca en certidumbre mi siniestro presentimiento. ¡Con que era verdad!... No tenemos aquí un amigo, ni un corazón leal, y sólo podemos contar con nosotros mismos. ¡Cruels combates nos aguardan!... ¡Oh amor, divino amor! danos fuerzas... Sí; me ha dicho la verdad... Malos auspicios presidieron á nuestra unión. Aquí no habita la esperanza, ni suena otro ruido que el de la guerra; hasta el amor se presenta cubierto de su escudo, y como armado para un duelo á muerte. Un espíritu funesto se cierne sobre nuestra raza, y parece pronto á aniquilarnos. Vino á sacarme de mi pacífico retiro, á embelesar mi alma con celestiales imágenes que flotan en torno mío, cada vez más cercanas, para arrojarme luégo al abismo con fuerza sobrenatural é irresistible. *(Suena á lo lejos la música del festín.)* ¡Oh! Cuando una casa debe perecer por el fuego, cúbrese el cielo de nubes, se precipita el rayo, vomitan llamas los abismos y los mismos dioses de la alegría, ciegos de furor, atizan el incendio!

(Vase).

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Sala magníficamente iluminada. En el centro hacia el fondo, una mesa ricamente puesta y sentados á ella ocho generales, entre los cuales figuran OCTAVIO PICCOLOMINI, MARADAS y TERZKY. Á derecha é izquierda, en segundo término, otras dos mesas con seis convidados en cada una. En primer término el aparador; la parte anterior de la escena quedará despejada para los pajes y criados de servicio. Gran animación. Los músicos del regimiento de Terzky dan la vuelta al rededor de las mesas. Mientras se retiran, sale MAX PICCOLOMINI; Terzky, con un papel, é ISOLANI con una copa en la mano, se le acercan.

TERZKY, ISOLANI, MAX

ISOLANI (á Max)



¡Oh amigo mío! ¿Dónde os habíais metido?... Vamos... vamos á la mesa. Terzky nos regala con su mejor vino... Se bebe aquí como en el castillo de Heidelberg... Habéis perdido ya lo mejor. En aquella mesa se reparten las coronas de los principados de Eggenberg, Slawata y Lichtenstein; ya están adjudicados los dominios de Sternberg

y los mejores feudos de Bohemia... Daos prisa... quizás os toque algo todavía... Vamos; sentaos.

COLLALTO Y GOETZ (*llamándole desde la segunda mesa*).—¡ Conde Piccolomini!

TERZKY.—Pronto será con vosotros... Leed esta fórmula de juramento, y ved si os gusta su redacción. Todos la han leído ya, y están dispuestos á firmarla.

MAX (*leyendo*).—«*Ingratis servire nefas.*»

ISOLANI.—Eso parece un axioma latino. Camarada, ¿ qué quiere decir en alemán?

TERZKY.—Que un hombre honrado no debe servir á ingratos.

MAX.—«Habiéndonos manifestado nuestro poderoso »general, Su Alteza el príncipe de Friedland, que se »hallaba dispuesto á dejar el servicio del Emperador »á consecuencia de numerosas dificultades, y habien- »do desistido de sus propósitos persuadido de nuestras »súplicas, consintiendo por el contrario en permane- »cer al frente del ejército y no separarse de nosotros »sin nuestro asentimiento; nos comprometemos en »justa reciprocidad, juntos y cada uno en particular, á »seguir fielmente á sus órdenes, á no separarnos de él »en modo alguno y á verter por él hasta la última gota »de sangre, si necesario fuere, salvo sin embargo el »juramento prestado al Emperador. (*Isolani repite estas últimas palabras.*) «Y si cualquiera de nosotros, fal- »tando al presente contrato, se separase de la causa »común, nos obligamos á declararle traidor y á casti- »gar su deslealtad así en su persona como en sus bie- »nes. En fe de lo cual firmamos el presente escrito.»

TERZKY.—¿ Queréis firmar?

ISOLANI.—¿ Por qué no? Todo oficial con honor pue- de y debe hacerlo... ¡ Á ver!... tintero y pluma.

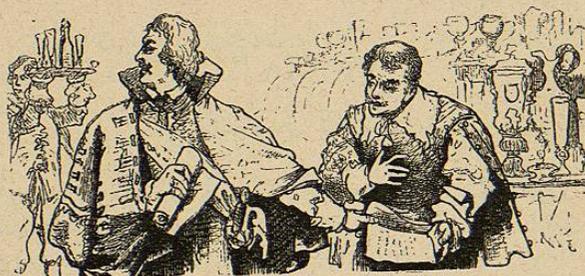
TERZKY.—Bueno; ¡ á los postres!

ISOLANI (*llevándose á Max*).—Venid conmigo. (*Ambos se van á la mesa.*)

ESCENA II

TERZKY, NEUMANN

TERZKY (*hace señas á Neumann, que está cerca del apa- rador. Neumann se adelanta*).—¿ Traéis ese papel, Neu- mann?... Dadme; ¿ está escrito de modo que pueda sustituirse fácilmente sin que lo noten?



NEUMANN.—Lo he copiado línea por línea, y sólo he quitado la frase relativa al juramento, conforme me ordenó V. E.

TERZKY.—Perfectamente. Ponedlo ahí, y echad al fuego éste; ya hizo su oficio. (*Neumann coloca la copia encima de la mesa, y luego vuelve al aparador.*)

ESCENA III

ILLO (saliendo de la segunda sala). TERZKY

ILLO.—¿ Qué tal se presenta Piccolomini?

TERZKY.—Muy bien. Nada ha objetado.

ILLO.—Él y su padre son los únicos de quien no me fio. ¡ Vigiladlos!

TERZKY.—¿Y cómo va en vuestra mesa? Supongo que les calentáis los cascos.

ILLO.—Son todo corazón. Me parece que ya los tenemos. Como os pronosticaba, no se trata ya tan sólo de conservar al duque en su puesto. Ya que nos hallamos reunidos, dice Montecucculli, debiéramos ir á Viena á imponer condiciones al Emperador. Creedme; si no estuvieran por medio los Piccolomini, hubiéramos podido ahorrarnos esa superchería.

TERZKY.—¿Qué querrá Buttler? ¡Silencio!...

ESCENA IV

Dichos.—BUTTLER

BUTTLER (*levantándose de la segunda mesa*).—No os molestéis... He comprendido perfectamente, mariscal, y os deseo feliz éxito. Por mi parte (*misteriosamente*) podéis contar conmigo.

ILLO (*vivamente*).—¿Es cierto?

BUTTLER.—Con la cláusula y sin la cláusula: poco me importa, ¿comprendéis? El príncipe puede poner á prueba mi fidelidad; decídselo de mi parte. Seré oficial del Emperador el tiempo que á él le plazca ser su general, y oficial de Wallenstein el día que se declare independiente.

TERZKY.—No hacéis mal cambio. No serviréis á un avariento, á un Fernando.

BUTTLER (*gravemente*).—Conste que yo no vendo mi fidelidad, conde Terzky. Seis meses atrás no hubierais obtenido de mí lo que hoy voluntariamente os ofrezco. Me entrego al duque con toda mi gente, y confío en que algunos me seguirán.

ILLO.—¿Quién ignora que el coronel Buttler es el modelo del ejército?

BUTTLER.—¿Tal es vuestra opinión, mariscal? Pues bien; no me pesa haber guardado mi fidelidad durante cuarenta años, si al cabo me procura á los sesenta la ocasión de vengarme cumplidamente. No os ofendan mis palabras, señores. A vosotros poco os importará saber la causa de mi conversión, pero espero que no la atribuiréis ni á vuestra astucia, ni á ligereza mía, ni á súbita cólera ó á cualquier otro motivo frívolo. Con todo, estoy firmemente resuelto, porque tengo conciencia del motivo de mi determinación.

ILLO.—Decidnos francamente por quién debemos teneros.

BUTTLER.—Por un amigo. Ésta es mi mano; soy vuestro con cuanto poseo. El príncipe no tiene sólo necesidad de hombres, sino también de dinero. Le presto cuanto adquirí á su servicio, y le hago heredero de mis bienes, si me sobrevive. Hace tiempo que tengo arreglado este asunto. Solo en el mundo, sin ninguno de aquellos lazos que atan un hombre á una mujer ó á sus hijos, mi nombre se extingue conmigo, mi vida no se perpetúa más allá.

ILLO.—Vuestro dinero no hace falta. Un corazón como el vuestro bien vale talegas y millones de oro.

BUTTLER.—Vine de Irlanda á Praga, siendo miserable caballerizo de un buen señor á quien ví morir. Del servicio de la caballeriza me alzó el destino de la guerra al elevado puesto que ocupo, juguete de bien extraña fortuna; y como Wallenstein es también hijo de la suerte, siento cariño, á la verdad, por quien tanto se me parece en esto.

ILLO.—Eso es; entre las grandes almas hay cierto parentesco.

BUTTLER.—Vivimos en una época favorable á los resueltos y osados. Las ciudades y castillos pasan en un instante de mano en mano como la moneda ordinaria. Aquí, los propietarios de más antiguo abolengo

pierden su patrimonio : más allá surgen nombres desconocidos con nuevos blasones. Un pueblo del Norte malquisto intenta apoderarse por la fuerza de la tierra alemana, y en tanto el príncipe de Weimar se dispone á fundar orillas del Mein un poderoso principado. ¿Qué les faltó á Mansfeld y á Halberstad para conquistar bravamente con su espada dominios independientes? Nada; un poco más de tiempo. Y, sin embargo, ¿quién de ellos se compararía con nuestro Friedland? No hay altura á la cual no pueda aplicar la escala ese bravo.

TERZKY.—A esto se llama hablar como un hombre.

BUTTLER.—Cuidad de aseguraros á los italianos y españoles; yo me encargo del escocés Lessly. Volvamos á unirnos con nuestros camaradas... Vamos.

TERZKY.—¿Dónde está el mayordomo? Dad cuanto tengáis... los mejores vinos... La ocasión es importante... Todo va viento en popa.

(Cada cual se dirige á su mesa.)

ESCENA V

EL MAYORDOMO y NEUMANN se adelantan hacia el proscenio.
Los pajes de servicio van de uno á otro lado

EL MAYORDOMO.—¡Los mejores vinos! Si mi antigua señora, su buena madre, presenciase este desorden, seguro que se volvía del otro lado en la huesa!... Ah sí, señor oficial; mal van las cosas en esta nobilísima casa... No hay aquí ni concierto ni medida... Esa alianza con el duque nos va á costar cara...

NEUMANN.—¡Dios os bendiga!... ¿Qué estáis hablando? Ahora empieza la prosperidad.

EL MAYORDOMO.—¿Os parece? Mucho hay que decir sobre esto.

UN PAJE (*que llega*).—Vino de Borgoña para la cuarta mesa.

EL MAYORDOMO.—Con ésta van setenta, señor teniente.

EL PAJE.—Es para el señor Tiefenbach, el alemán que está allí. (Se retira.)

EL MAYORDOMO (*á Neumann*).—¡Quieren subirse á mayores!... quieren igualar en magnificencia á los electores y los reyes! El conde se empeña en hacer lo que hace el príncipe, y mi muy caro señor no puede quedarse atrás. (*A los criados*). ¿Qué estáis escuchando?... ¡Andad!... atended al servicio... Mirad, allí está el conde Palfy con la copa vacía.

2.º PAJE.—Quieren la gran copa de oro con el escudo de Bohemia. Dice el señor que ya sabéis cuál es.

EL MAYORDOMO.—¿La que hizo maese Guillermo para la coronación del rey Federico? ¿La más hermosa joya del botín de Praga?

2.º PAJE.—Esta. Quieren brindar con ella por turno.

EL MAYORDOMO (*meneando la cabeza, mientras coge la copa y la limpia*).—Eso se sabrá en Viena.

NEUMANN.—Enseñadme esta copa... ¡Qué magnífica es!... Toda de oro macizo... ¡Y qué lindas cosas ha grabado en ella el artífice!... Dejadme ver este primer escudo... Aquí veo una altiva amazona á caballo que pisotea una mitra y un báculo, y lleva en la punta de la lanza un sombrero, y un estandarte con un cáliz. ¿Podéis decirme qué significa esto?

EL MAYORDOMO.—Esa mujer simboliza la libre elección del reino de Bohemia, lo cual va figurado por el sombrero redondo y el fogoso caballo. Porque el sombrero es ornato del hombre: quien no osa cubrirse delante de los emperadores y los reyes, no es libre.

NEUMANN.—Y el caliz del estandarte ¿qué significa?

EL MAYORDOMO.—La libertad de la iglesia de Bohemia, conforme existía en tiempo de nuestros antepa-

sados. En la guerra de los husitas conquistaron el privilegio de servirse del cáliz, que el Papa no otorga á ningún seglar. Los utraquistas estiman el cáliz más que todo; es su precioso tesoro; por él ha vertido Bohemia su sangre.

NEUMANN.—¿Y qué significa ese rollo?

EL MAYORDOMO.—Es la real carta que arrancamos al emperador Rodolfo, y con la cual se aseguró al nuevo culto el derecho de las campanas y de cantar en público. Pero desde que nos gobierna el archiduque de Gratz, eso concluyó. Después de la batalla de Praga, donde perdió la corona imperial el palatino Federico, nos han privado de nuestros púlpitos y altares, nuestros padres abandonaron la patria, y el mismo Emperador rasgó nuestros privilegios.

NEUMANN.—¿Y cómo sabéis todo eso? Se ve que conocéis á fondo las crónicas de vuestro país, señor Mayordomo.

EL MAYORDOMO.—Mis abuelos eran taboritas y estuvieron al servicio de Ziska y Procopio. ¡Que en paz descansen!... Combatieron por una buena causa... (*A los criados.*) Llevaos la copa.

NEUMANN.—Dejadme ver todavía el otro escudo. Aquí me parece que figuran los consejeros del Emperador, Martinitz y Slawata, precipitados de lo alto del castillo de Praga... Sí, sí; eso es. Este es el conde de Thurn que da la orden. (*Un criado se lleva la copa.*)

EL MAYORDOMO.—¡Ah!... No hablemos de ese día... Era el 23 de Mayo de 1618... y me parece hoy... En aquel desdichado punto empezaron las calamidades de nuestro país. Diez y seis años hace, y aún no ha vuelto á haber paz en esta tierra.

(*En la segunda mesa, brindando.*) ¡Por el príncipe de Weimar!

(*En la tercera y cuarta mesa.*) ¡Viva el duque Bernardo!
(*Música.*)

1.^{er} PAJE.—¡Qué gritería!

2.^o PAJE (*acudiendo precipitadamente*).—¿Habéis oído? ¡Brindan por el de Weimar!

3.^{er} PAJE.—El enemigo de Austria.

1.^{er} PAJE.—El luterano.

2.^o PAJE.—Y hace poco el señor Deodati ha brindado por el Emperador y todos se han callado como ratas.

EL MAYORDOMO.—El vino hace decir muchas cosas. En estos casos, un buen criado debe ser sordo.

3.^{er} PAJE (*llamando aparte á otro*).—Observa bien todo lo que pasa, Juan; que luégo lo contaremos al padre Quiroga y nos dará buenas indulgencias.

4.^o PAJE.—No me muevo en lo posible de cerca de Illo, que dice unas cosazas! (*Vuelven á las mesas.*)

EL MAYORDOMO (*á Neumann*).—¿Quién es aquel caballero vestido de negro, y condecorado, que habla confidencialmente con el conde Palffy?

NEUMANN.—Ese es uno en quien fian demasiado. Es Maradas, un español.

EL MAYORDOMO.—Pues no hay que contar mucho con los españoles. Los meridionales no valen nada, creedme.

NEUMANN.—Bah, vos no debiérais hablar así. Cabalmente son los generales en quienes más confía el duque.

(*Terzky se adelanta con un papel en la mano. Movimiento.*)

EL MAYORDOMO (*á los criados*).—El teniente general se levanta... Atención... Ya dejan la mesa... Retirad las sillas.

(*Los criados se retiran hacia el fondo del teatro; algunos convidados se adelantan.*)